

BLAKE CHARLTON

La Profecía del Alción

SPELLWRIGHT

PRÓLOGO

La gramática se estaba asfixiando en sus propias palabras.

Y eran palabras largas, afiladas, escritas en un lenguaje mágico, comprimidas en una pequeña esfera que no dejaba de girar. Le fallaron las piernas y cayó al suelo de rodillas.

Un frío viento otoñal empezó a soplar de repente en el puente de la torre.

La criatura que tenía a su lado mantenía el rostro oculto bajo una voluminosa capucha blanca.

—¿Censurada tan pronto? —dijo la criatura con voz áspera—. Muy decepcionante.

La gramática luchó por llevar algo de aire a sus pulmones. Sentía la cabeza ligera como la seda, la visión emborronada con colores chillones. El mundo que conocía tan bien se había vuelto algo ignoto.

Estaba arrodillada en un puente de piedra, doscientos metros por encima de la muralla de Bastión Estrella. A sus espaldas, las torres de la academia se clavaban en el fresco cielo vespertino como un bosquecillo de árboles gigantes. A diferentes alturas, angostos puentes unían el etéreo espacio entre dos torres vecinas. Delante de ella se elevaba la oscura masa de las Montañas del Pináculo.

Lentamente, comprendió que su vuelo errático la había llevado hasta el Puente del Huso.

El corazón empezó a latirle desbocado. Desde aquel punto, el Puente del Huso se arqueaba a lo largo de ochocientos metros, alejándose de Bastión Estrella y enclavándose en una pared de roca vertical. No conducía a ningún sendero ni cueva, sino que terminaba abruptamente en la superficie de la montaña. Era un puente a ninguna parte donde uno no podía esperar ser rescatado ni escapar.

Intentó gritar pero se atragantó con las palabras que le obstruían la garganta.

Al oeste, por encima de la planicie costera, el ocaso teñía el cielo de un tono rosado cuasi líquido.

La criatura vestida de blanco olisqueó el aire con repugnancia.

—Resulta lamentable comprobar lo que en estos tiempos se considera prosa imaginativa. —La criatura levantó un brazo pálido y en su muñeca relucieron dos frases que desprendían una tenue luz dorada.

—Eres la magistra Nora Finn, Decana del Torreón —prosiguió la criatura—. No vuelvas a negarlo, y no vuelvas a rechazar mi oferta. —Tras lo cual, proyectó las resplandecientes frases hacia el pecho de Nora.

La gramática no pudo hacer nada más aparte de asfixiarse.

—¿Qué es eso? —preguntó la criatura con un frío regocijo—. Al parecer, mi ataque ha detenido el hechizo en tu boca. —Se detuvo antes de empezar a reír, un sonido ronco y grave—. Podría hacer que te comieras tus palabras.

El dolor le desgarró la garganta mientras intentaba dar una bocanada de aire.

La criatura ladeó la cabeza.

—Aunque tal vez hayas cambiado de idea.

Con cinco pequeños chasquidos, las frases en la garganta de la gramática se deconstruyeron, derramándose en el interior de su boca. La gramática apoyó las manos en el suelo y escupió las palabras plateadas, que se hicieron añicos sobre los adoquines. El aire frío inundó sus doloridos pulmones.

—No vuelvas a oponer resistencia —le advirtió la criatura—. Puedo censurar todos tus hechizos con este texto.

Nora levantó la cabeza y vio que la figura asía el otro extremo de la frase dorada que le atravesaba el pecho.

—¿Cuál de tus estudiantes es el que busco?

Nora negó con la cabeza.

La criatura soltó una risotada.

—Aceptaste el dinero de nuestro maestro, hiciste de espía para él.

La gramática volvió a negar con la cabeza.

—¿Quieres algo más que oro? —La criatura se acercó más a

ella—. Ahora poseo la esmeralda y, por tanto, la Primera Lengua. Podría compartir contigo las primeras palabras del Creador. Creo que las encontrarías... de lo más interesantes.

—No podrás comprarme con nada —dijo Nora entre jadeos—. Con el maestro era distinto; él era humano.

La criatura rio socarronamente.

—¿Eso crees? ¿Que era humano?

El monstruo tensó la frase dorada con un movimiento brusco de su brazo. La fuerza de la acción hizo que Nora cayera de bruces al suelo. Nuevamente, el dolor le abrasó la garganta.

—No, cerda estúpida. ¡Tu antiguo maestro no era humano!

Algo tiró del cabello de Nora, obligándola a levantar la cabeza y mirar a su torturador. La brisa agitaba y hacía chasquear su capucha.

—¿Cómo se llama el cacógrafo que busco? —preguntó la criatura.

Nora apretó los puños.

—¿Qué quieres de él?

Se produjo una pausa. Solo el viento osó perturbar el silencio. Y entonces habló la criatura:

—¿Él?

Sin poder evitarlo, Nora contuvo el aliento.

—No —dijo, esforzándose por mantener la calma—. No, he dicho «ellos».

La figura encapuchada guardó silencio.

—He dicho —insistió Nora— qué quieres de ellos. No de él. De ellos.

Otra pausa.

—Un gramático nunca confunde los pronombres. Háblame de «él».

—Me has entendido mal. Yo... —La criatura soltó el hechizo que le mantenía erguida la cabeza y Nora se desplomó—. En los sueños era distinto —murmuró con el rostro pegado a los adoquines.

La criatura gruñó.

—Era distinto porque fui yo quien te los enviaba. Tus alumnos recibirán los mismos sueños: visiones de un ocaso desde

el puente de una torre, sueños de un paisaje montañoso. Tarde o temprano, sentirán curiosidad e indagarán.

Nora dejó escapar un suspiro trémulo. La profecía se había cumplido. ¿Cómo había podido estar tan ciega? ¿A qué fuerzas grotescas había estado sirviendo?

—Tal vez pienses que los metahechizos de Bastión Estrella protegerán a tus alumnos —dijo la criatura—. Pero no es así. Puede que eviten que mis hechizos textuales penetren los muros, pero puedo atraer a tus cachorros hasta los bosques o los puentes. No me costará mucho ahora que la convocatoria ya está en marcha. Si no me queda más remedio, sofocaré a tus alumnos uno a uno. Puedes evitar todas esas muertes solo con un nombre.

Nora no se movió.

—Dime su nombre —siseó la figura blanca— y tendrás una muerte dulce.

Nora se quedó mirando la barandilla del puente. Una idea empezó a formarse en su mente y se extendió por ella como una mancha de tinta. Podría funcionar, siempre y cuando se moviera con la suficiente rapidez.

—¿Ninguna respuesta? —La criatura se alejó unos pasos de ella—. Entonces será una muerte lenta.

Nora sintió un tirón en la frase mágica que le atravesaba el pecho.

—Acabo de infectarte con un conjuro ulceroso. Obliga a que una parte del cuerpo del lexicomago forje runas corruptas. Mientras hablamos, la primera úlcera se está formando ya en tus pulmones. Dentro de poco se extenderá por los músculos, obligándote a forjar una peligrosa cantidad de texto. Dentro de una hora empezarán las convulsiones, la saturación de las arterias, los desgarros en el estómago.

Nora apoyó las palmas de las manos en los fríos adoquines.

—Pero el más fuerte de tus cacógrafos sobrevivirá a la infección —dijo la criatura con aire despectivo—. Así es cómo daré con él. Él sobrevivirá a las úlceras; el resto de tus alumnos morirá entre espasmos de dolor. Puedes evitar todo ese sufrimiento si me dices...

Pero Nora no esperó a oír el resto. Sigilosamente, se incor-

poró y saltó por encima de la barandilla. Por un momento temió que un enjambre de párrafos plateados le rodeara las piernas y tirara de ella hasta posarla de nuevo en el puente.

Sin embargo, la fuerza de la caída desgajó la frase dorada clavada en su pecho... y quedó libre.

Cerró los ojos y descubrió que el miedo a la muerte se había convertido en algo distante y extraño, algo más parecido a un recuerdo que a una emoción.

La profecía se había cumplido. El conocimiento moriría con ella. Pero aquel era el precio que debía pagar: su muerte mantendría encendida una pequeña y débil llama de esperanza.

Mientras caía, volvió a abrir los ojos. En el este, el cielo carmesí fulguraba sobre la oscura silueta de las montañas. El oca-so bañaba las cumbres con una luz rojiza y dorada, y, en contraste, cubría los abetos del valle con un espeso manto azabache.